

Federación Provincial Socialista

Quintus
Revista de Afirmaciones

Número 3

Alicante

Una Pta.

Ephemeris Revista de Afirmaciones

ALICANTE, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1937

Precio: UNA Peseta

PUBLICACIÓN MENSUAL

:: EDITORIALES

Sindicalismo y política

Nuestra revolución está siendo objeto de diferentes interpretaciones ideológicas. Como es lógico, por nuestro porvenir de españoles y de trabajadores, empieza a preocuparnos el perfil teórico de nuestra sociedad futura, porque en puro rigor dialéctico la teoría sigue a la realidad como la sombra sigue al cuerpo.

Queremos hacer hincapié en un problema muy importante de la revolución. Algunos camaradas, desde distintas tendencias, ante la incertidumbre que evidencian los partidos políticos en la dirección del gobierno del país, inician una interpretación sindicalista de nuestra realidad en oposición al contenido político que, como es lógico, sustentan los partidos. Un análisis a fondo del problema nos llevaría a la disquisición de principios entre socialismo y sindicalismo, y aunque no es este lugar oportuno para ello, conviene dejar sentado que, para nosotros, marxistas, el problema está planteado

en los siguientes términos: En la infraestructura social del hombre, economía y política se confunden. La función de trabajo, la producción, lleva consigo la función política. La economía social del hombre condiciona su vida de relación y al condicionarla la hace política, y a medida que aumenta la complejidad de la producción se hace más compleja también la vida de relación, hasta llegar a un momento del proceso de la lucha de clases, en el que, en la superestructura social, se presenta la sindicalización con un factor de organización estatal.

Ante estos hechos, aplicados a la interpretación de nuestra realidad, no podemos situarnos con un criterio apodíctico, —lo que pasaría si en vez de los partidos gobernaran los sindicatos—, ni tampoco con una valoración ética—, si deben o no los sindicatos encargarse de la gobernación del país—. Nuestra misión es colocarnos en un terreno de realidades. Los hechos mandan. Y el hecho español tiene tres aspectos fundamentales: Primero: Una contrarrevolución

empeñada en sostener el contenido feudal de la España oligárquica. Segundo: Una burguesía que, apoyada en los organismos del Estado, quiere afirmar el contenido democrático burgués de la República. Tercero: Un partido obrero que quiere superar la democracia burguesa para llegar a la estructuración de una República socialista (El partido comunista, por su propio designio, se sitúa en la defensa de la República democrático-burguesa). Son organizaciones políticas las que se hallan en pugna por la conquista del poder, poniendo en actividad los recursos de su técnica política y los resortes que el poder les proporciona.

¿Quiere decir esto que las organizaciones sindicales no ejercen función preponderante en el desarrollo de la revolución? Afirmarlo sería desconocer nuestra auténtica realidad social. Mas, a pesar de la superioridad orgánica de la U. G. T. y la C. N. T. sobre los partidos, la realidad es que el factor político es el preponderante como fuerza de lucha. Reconociéndolo así es que la C. N. T. va adquiriendo responsabilidad política de gobierno, para que su capacidad de poder no sufra falta de atención, confundiéndola con la función regularizadora de la economía, propia de los sindicatos.

Cuando se dice, por ejemplo, que en el proceso de la revolución española la U. G. T. ha ocupado puesto de vanguardia respecto del propio P. S., ello no quiere decir que haya sido por su contenido sindical sino porque los organismos directivos de la U. G. T., los hombres que los integraban, han hecho de esta central, no sólo un organismo para la conquista de mejoras económicas, sino que, por encima de todo, la han convertido en un instrumento de revolución social de la cual es inseparable la educación política de las masas. Y no podía ser de otro modo, porque hombres de una concepción revolucionaria integral, hombres socialistas, la han dirigido en los grandes momentos de lucha y la dirigen ahora.

La revolución española no podrá lograrse sin las masas organizadas de la U. G. T. y C. N. T., pero el hecho fundamental es que el actual choque de fuerzas que tratan de imponer su predominio es político. Las oligarquías feudales que han derivado hacia el fascismo, los partidos republicanos democráticos burgueses y el P. S. aspiran a la conquista total del poder vinculado al Estado. El perfil político de esta etapa de la revolución es innegable. Por eso no es de extrañar que la C. N. T. se afane por organizarse en fuerza política. ¿Es idéntico el caso de la U. G. T.? Creemos que no. El organismo político de la U. G. T. es el P. S. O. E. El deber de nosotros, ugetistas, es vitalizar al partido, ponerlo a tono con el imperativo de nuestra lucha contra el fascismo, ir a la conquista de los puestos de dirección con los procedimientos democráticos que los estatutos del partido imponen. Ese es nuestro deber.

Desentenderse del partido o abroquelarse con interpretaciones sindicalistas lo creemos impropio. Para cumplir nuestro deber sindical no tenemos sino cumplir nuestro deber de socialistas. Quien duda del P. S. O. E. por las incidencias de nuestro pleito interno, tampoco tendrá confianza con la U. G. T., pues si algo ha demostrado nuestra sindical es el haber cumplido el deber político que el P. S. le ha demandado. Y para que el P. S. pueda hablar un auténtico lenguaje socialista, el predominante de la clase obrera española, el primer deber de los socialistas es exigir una dirección que conduzca al partido de conformidad al contenido marxista que supo demostrar en 1917, 1923, 1931, 1934 y 1936.

— Necesitamos una Política Internacional

Indudablemente, el estilo de nuestras relaciones internacionales ha cambiado bastante con relación al predominante hasta el 18 de julio de 1936. La guerra ha despertado nuestra dignidad de españoles, y

al cabo de siglos de silencio, la voz de España, el estilo de España ha sonado en las esferas diplomáticas con su significación real.

Hasta qué punto el nuevo estilo ha arraigado en la voluntad de nuestros representantes en el exterior; hasta qué punto el nuevo estilo ha sido sólo espectáculo vano o tragedia interior de los hombres ante la tragedia general de España, eso sería difícil de definir, pero lo evidente es que España ha hablado y sus palabras, las palabras de la dignidad española que reanudan la historia de hace siglos, han causado asombro en los círculos internacionales.

Pero no es suficiente el estilo dignamente apasionado, y el apasionamiento es condición hispánica, para que la voz de España adquiera su tono específico. La prestancia moral que los historiadores y pensadores nos reconocen, el realismo anímico que caracteriza a nuestro genio creador, no son suficientes para presentarnos ante el mundo moderno con un lenguaje que sea el fiel intérprete de nuestra realidad. Los hombres no son sólo una realidad del pasado que actúa condicionada por el presente, son también una realidad del futuro condicionada por el pasado y el presente y que se modifica a medida que choca con nuevas necesidades.

La Revolución Española es un producto de nuestra realidad nacional, que se desarrolla dentro de las leyes sociales de la lucha de clases. Las condiciones objetivas de su proceso, leyes económicas, son generales, las condiciones subjetivas, psicología nacional, etc., son nuestras y únicamente nuestras. La política nacional de cada país está condicionada por su realidad nacional. Un Estado que se desentienda de la base nacional que le sustenta marchará a la deriva en los conflictos internacionales. Si está alejado de las vías principales del moderno intercambio, vivirá al margen de la vida moderna; situado como España, en uno de los puntos cruciales de la vida internacional, servirá de instrumento para las

ambiciones imperialistas de las otras potencias.

La única posibilidad de evitar este peligro estriba en adquirir una personalidad internacional que se haga respetable por ser la expresión de un pueblo que habla en representación de su pasado, en su voluntad de presente y en su proyección hacia el porvenir.

La razón histórica de Nuestra Política Internacional

Descubriríamos el Mediterráneo de la diplomacia al decir que nuestra política internacional del Estado español se ha desarrollado al margen de la realidad española.

Una política internacional que hubiera consultado nuestra razón histórica no se hubiera desentendido de las relaciones con América y con las demás potencias europeas. De América, está probado hasta la saciedad, que nuestros gobiernos se han desentendido con grave perjuicio para España. Lo que Méjico es para nosotros en esta hora trágica, lo serían otras repúblicas hispanoamericanas de haber sostenido en el Nuevo Mundo una representación diplomática digna de España. La actitud de Méjico es el resultado de un acontecimiento revolucionario que hermana más aún a los pueblos de Méjico y España, pero es también el fenómeno espontáneo de una afinidad cultural que existe latente en toda Hispanoamérica y que no han sabido mantener decentemente los diplomáticos españoles.

Una propaganda bien hecha, secundada por una representación diplomática con un minimum de consecuencia republicana, hubiera neutralizado la labor de las agencias capitalistas de información, empeñadas en desprestigiar al Gobierno y a la España leal apenas iniciada la sublevación facciosa. ¿Tan despreciable es la representación hispanoamericana en la Liga de Naciones que no pueda desplazar con sus votos resolu-

ciones a favor o en contra de determinados países? ¿Nada cuenta tampoco el valor imponderable de opinión del Nuevo Mundo y su significación de condicionador de la economía internacional?

El gesto de papanata del hispanoamericanismo oficial, complejo de adulación al pariente rico, como el desdén olímpico del «intelectual puro» hacia Hispanoamérica, secundado por el oficialismo monárquico de los diplomáticos de la República, han destrozado una posibilidad afectiva y efectiva en intereses de todo orden, que a estas alturas nos hubiera resultado muy beneficiosa.

Desgraciadamente, la historia de la diplomacia española es la historia del servilismo palaciego. Si antes se sacrificaba el porvenir de España a las dinastías de Austria y Borbón que le habían esclavizado, al advenimiento de la República, la diplomacia, salvo raras excepciones, fué continuación de lo mismo, aunque se sacrificaba el porvenir de España al goce de los derechos pasivos. Raro ha sido el diplomático español que haya tenido en cuenta la significación histórica de España, para obrar y aconsejar de conformidad a esa historia de España, de la auténtica España, la que forja su destino con el esfuerzo de su trabajo creador.

La Razón Geográfica

A las razones históricas que exigen una política internacional de conformidad a las necesidades de España, que hemos circunscrito al contenido cultural de nuestras relaciones con las Repúblicas Hispanoamericanas, podríamos agregar otras que obligan a España más que a ningún otro país: la de haber sido patria, con los teólogos del siglo XVI, del derecho de gentes, base del moderno derecho internacional, raíz de la que se derivan los modernos principios de superación nacionalista estructurados teóricamente en la Sociedad de Naciones.

Pero además de estas razones históricas hay otras de significación geográfica que nos obligan fatalmente a una política internacional española. Por haberla olvidado nos encontramos hoy aislados en los compromisos internacionales, y, para mal de males, intervenidos a expensas de la no intervención.

España es una realidad geográfica contorneada territorialmente por Francia y Portugal, y por mar por el Mediterráneo y el Atlántico. Pero además, y esto es lo trascendente, España es el punto de confluencia de ambiciones imperialistas. El estrecho de Gibraltar es paso obligado de Inglaterra para la comunicación marítima rápida con sus colonias de Asia y Oceanía, y la contrapuerta de seguridad del Canal de Suez. Para Italia y las demás naciones mediterráneas, Gibraltar es vía obligada en sus comunicaciones interoceánicas, hoy en día indispensables para la vida de relación de los pueblos.

Esta situación demuestra que la vida internacional de España se halla condicionada por la órbita política de Francia y sus aliadas y por la intervención colonial europea en el norte de Africa, concretamente en Marruecos. En tal sentido, la política exterior española ha sido siempre en contra de los intereses de España. Cuando a mitad del siglo XIX Francia y Gran Bretaña inician sus convenios para repartirse Africa, España duerme una siesta de abyección borbónica que la imposibilita para toda acción internacional. La guerra de Marruecos, victoriosas nuestras armas, sirvió sólo para llenar de vanidad a la corte y a los generales, pero no se supo sacar de ella lo que un hecho consumado hubiera podido significar para el porvenir de España en Africa.

Puestos en el dilema de intervenir en Marruecos, pues a ello nos obligaba el juego del imperialismo y la situación geográfica, los gobiernos españoles no supieron aprovechar esta situación y la discordia de ambiciones entre Inglaterra y Francia.

En 1904 Inglaterra y Francia llegan a un acuerdo en el problema marroquí. Inglaterra cede «sus derechos» a Francia, a excepción del litoral frente a Gibraltar. Francia quiso atraerse hacia su esfera de influencia a España, pero el gobierno del señor Silvela, en el que llevaba la voz cantante el señor Maura, ignorante de las negociaciones franco-inglesas, creyendo captarse la animadversión británica, rechazó la oferta francesa. Cuando se vió el error y se pidió parte en el reparto de Marruecos, Francia amenguó su oferta, que así y todo tenía la importancia de que incluía en nuestra zona a Tánger.

Apareció Alemania en el litigio. Francia creía que el gobierno alemán obraba de acuerdo con el español y quiso vengar con España las concesiones que le hizo a Alemania en el Congo y Cameroun después del desembarco de Agadir, reduciendo la zona española del Riff a 25.000 kilómetros, pero ya sin Tánger. La ignorancia y ligereza de nuestros gobiernos costó cara a España. ¿Se aprovechó la lección? En ese sentido fuimos incorregibles. En 1923 las potencias firman una convención sobre el Estatuto de Tánger, y gracias a los coqueteos de Primo de Rivera con Mussolini, queriendo aprovechar las pretensiones del Duce sobre Tánger para contrarrestar la fuerza de Francia; en 1928 Italia adquiere condiciones de igualdad con Inglaterra en la Administración Internacional de Tánger, y España ve perdida para siempre la posesión de esta plaza.

En 1906 Francia venga en España las maniobras de la monarquía borbónica con el gobierno de Guillermo II; en 1928 Inglaterra venga en España los coqueteos de

Primo de Rivera con Mussolini. Y hoy en día nos encontramos sin colonias en África gracias a la sublevación facciosa, por no haber dado a nuestra penetración colonizadora un carácter civil, habiendo hecho de ellas un campo de experimentación para el desarrollo de todas las aberraciones militaristas.

Inglaterra, para neutralizar la influencia de Ceuta y otras posiciones sobre Gibraltar, tiene que entenderse con los facciosos, lo que equivale a entenderse con Alemania e Italia; y Francia, para asegurar su tránsito a las colonias de Argel y Túnez, en lo que respecta a las Baleares, no tiene necesidad de entenderse con el gobierno de la España leal sino con el traidor Franco, lo que equivale a entenderse con Mussolini. Esta es nuestra trágica realidad. Los gobiernos de la monarquía, que por su servilismo borbónico dejaron a España aislada de las demás potencias, merecen que su memoria sea maldecida por todos los españoles; pero los gobiernos de la República española que, avisados de lo que se tramaba en Marruecos, concedores de la sublevación militar que nos ha colocado en tal trance, no supieron ni quisieron tomar las medidas que se les indicaba para adelantarse a los acontecimientos y sofocarlos de antemano; para éstos la justicia debe ser implacable, pues son traidores a España. Pero ni el desprecio para la memoria de los gobernantes serviles a la monarquía, ni la justicia para los traidores de la República, podrán hacer de España un país digno ante el mundo si no empezamos a perfilar una política internacional auténticamente española.



CONTENIDO DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Por Luis Araquistain

El 14 de Abril último, nuestro camarada Luis Araquistain, embajador de la República en París, pronunció un discurso cuya significación permanece actual. Como ha sido poco difundido, lo transcribimos por creer que en él se traza claramente el contenido de nuestra revolución, nacional e internacionalmente considerada.

«Hoy conmemoramos el sexto aniversario del sueño de un día de primavera: el sueño de que la implantación de una República nominal el 14 de Abril de 1931, era el fin de una monarquía multisecular. Sueño engañoso. Se fué el monarca, el símbolo, pero se quedó en España la realidad que le sostenía. Se fueron los príncipes reales, los príncipes de la realeza, y se quedaron los príncipes feudales de la aristocracia territorial, los príncipes de la iglesia, los príncipes del ejército, los príncipes financieros, los señores de la magistratura, de la prensa y de la burocracia tradicional.

Se instauró un Gobierno republicano y se dejó intacto el Estado monárquico. Creyeron gobernar otros hombres, pero el Poder social-político, siguió en manos de las antiguas oligarquías. Se cambió el rótulo de la fachada; pero dentro continuaron usando y abusando de su poderío los privilegiados de siempre. ¡Qué orgullosos estábamos de haber hecho una revolución incruenta, ejemplar, que infantilmente exhibíamos ante el mundo como un modelo histórico digno de ser ayudado e imitado por otros pueblos! Pero aquello no fué una revolución, sino un sueño primaveral del cual despertaríamos cruelmente más tarde, para encontrarnos con que la poca sangre que creíamos haber ahorrado se transformaba en ríos y mares que ahora están inundando toda España. Una vez más se ha visto que era falaz la ilusión de que una clase poseedora abdicase de sus privilegios sin lucha.

En el fondo de la rebelión militar de Julio de 1936 no hay más que esto: un esfuerzo desesperado y criminal de una minoría bárbara para mantener sus privilegios de señores de vidas y haciendas, frente a todo un pueblo que aspira a una existencia material y espiritual mínima, ya alcanzada, en todos los países civilizados. Se habla de místicas contrapuestas e irrealizables ideologías totalitarias. Esta es la cortina de humo con que los explotadores del orden esclavista y de la patria del privilegio, ocultan esta humilde verdad: que el pueblo español se defiende a sangre y fuego contra unos señores de horca y cuchillo, que le están haciendo una guerra a muerte y que trata de sacudirse una intolerable servidumbre secular para mantener su manifiesta soberanía política y conseguir un bienestar económico de que hace tiempo gozan todos los Estados contemporáneos organizados en democracia.

Pero la mendaz propaganda adversa que desde el principio de la rebelión lanzó contra el pueblo español el fascismo internacional, maestro en falsedades, para justificar aquella traición armada y sostenerla cínicamente, nos ha hecho un daño enorme. Las trompetas de Berlín y Roma, de Lisboa y las ciudades españolas rebeldes, atronaron el espacio afirmando que la llamada guerra civil era una cruzada de los principios sagrados del orden—propiedad privada, familia, religión, cultura, civilización occidental—contra la hidra del comunismo y el anarquismo, es decir, contra la nega-

gación de todos los valores vigentes. No había tal cruzada, como ya empiezan a ver hasta los más ciegos, sino bajos intereses de clase, de un lado, e inconfesables intereses internacionales de otro. Pero la torpe patraña prendió en muchos, no sólo en los fascistas o simpatizantes con esa doctrina (lo cual es natural después de todo) sino en no pocos ciudadanos demócratas, que por serlo aborrecen el fascismo, pero más aún el fantasma comunista.

En esta credulidad a que les indujeron los energúmenos de la propaganda fascista, está una de las razones de la política de No Intervención. Algunos la adoptaron como un medio de evitar que la guerra española se corriese al resto de Europa; pero para otros fué un modo de neutralidad o inhibición en la supuesta contienda entre el fascismo y el comunismo. Como no querían ni lo uno ni lo otro, prohibieron el comercio de armas con el Gobierno español y con los rebeldes, esperando así, sin duda, que los dos bandos fueran vencidos por cansancio o mutua impotencia y que de la derrota común saldría mágicamente no sabemos qué milagroso tercer partido en discordia; pero como los Estados fascistas deseaban la victoria de los facciosos y les ayudaron descaradamente con tropas y armas, resulta que en realidad la política de No Intervención sólo sirvió y sirve aún para tranquilizar la conciencia de ciertas democracias liberales y para colaborar de hecho a una política de intervención unilateral en favor de los rebeldes. Esta sangrante paradoja fué obra de la propaganda del fascismo internacional contra la República española. Ya se va haciendo luz en el humo de esa propaganda doblemente falsa. Falsa en cuanto a la naturaleza de nuestra República, falsa en cuanto a los designios del fascismo extranjero. Poco a poco los demócratas y liberales del mundo se van convenciendo de que nuestro régimen no ha sido ni será el que propalaba el fascismo. Ciertamente, nadie sabe aún lo que en definitiva será después de la convulsión social provocada por los rebeldes, pero ya no hay duda de que no será ningún ensayo utópico concebido por ideólogos nacionales y extranjeros, sino una experiencia vital adaptada a las condiciones internas y externas de nuestro país. Los españoles no somos doctrinarios ni visionarios, sino un pueblo realista que sólo quiere lo que puede. No somos gentes frívolas que gustan experimentos con una nación como con un conejo de indias. Las futuras formas de nuestro régimen nacerán de las necesidades que nos han creado la rebelión y la guerra; una obra de instinto de conservación, social o histórica; formas que los demás pueblos aceptarán como naturales y legítimas, porque serán más biológicas que ideológicas, porque a nadie que no lo merezca causarán daño, ni servirán de mal ejemplo, sino al contrario.

Un día, en 1932, me preguntaba irónicamente Radek en Ginebra: «¿Qué rumbo seguirá la República española, el de Alemania o el de Rusia?» Y le contesté sin vacilar: «El de España». Hoy le diría lo mismo: España seguirá su propia ley histórica, creará sus propias formas sociales y políticas como las creó Inglaterra, como Francia, como los Estados Unidos, como la misma Rusia. Las revoluciones ni se importan ni se exportan. Esto es lo que ya comienza a comprender el mundo respecto de España y a tranquilizarse sobre su destino, que será suyo y de nadie más.

También se empieza a comprender la otra falsedad de la propaganda fascista. A los Estados fascistas, contra lo que se afirmaba, les tiene sin cuidado la suerte de Franco y de su política. Lo que buscaban y buscan en su complicidad con él, no era un régimen político idéntico o afín al suyo, sino ventajas más útiles. ¿Qué les importa a Hitler y a Mussolini un Estado fascista español si no ha de ser más que eso?

Estado totalitario y en cierto modo fascista fué la Dictadura de Primo de Ri-

vera, y es público y notorio el desdén que le inspiraba a Mussolini, por la sencilla razón de que la España de aquel período, no obstante las simpatías personales del dictador por el fascismo italiano, seguía moviéndose más en la órbita de la política internacional de Inglaterra y Francia que en la de Italia.

Los Estados fascistas han buscado en la España rebelde un punto de apoyo para su política internacional. Ese es el secreto de su intervención armada, no ninguna efusión sentimental por los generales facciosos a quienes, en el fondo, desprecian como a hombres incultos y como a militares ineptos. No les importa ese cómico, por anacrónico, «Estado de Burgos» que requeriría, si no fuera tan sanguinario, la pluma de un Plauto, pero necesitan lo que su imposible victoria les daría: las Baleares como base naval y aérea para cortar las comunicaciones de Francia con sus colonias de África en caso de guerra; el litoral de la zona española de Marruecos y el litoral del Sur de España para hacer militarmente inútil el Peñón de Gibraltar y comprometer el tránsito de la escuadra inglesa en el Estrecho. La línea de los Pirineos para levantar como un puñal otra frontera en la espalda de Francia. Los hierros del Riff y de España para sus industrias de guerra, lo mismo que el mercurio, el plomo, las potasas, las piritas y los demás minerales españoles que son indispensables para la fabricación de armas y municiones. Necesitan, en fin, el mercado español para volcar en él sus manufacturas como en una colonia. En suma: necesitan de España para fortalecer su potencia internacional y debilitar la de Francia e Inglaterra. Primero lo disimularon tras el biombo de la cruzada anticomunista que en realidad es una cruzada antibritánica y antifrancesa. Ya lo ve claro hasta un niño. ¿Es posible que aún haya ingleses y franceses que no lo vean? Y si lo ven ¿cómo pueden dudar de que su seguridad nacional e imperial está en la victoria de la República española y sólo en ella? Yo no creo en la mala fe de nadie, sino que es con un criterio moral o jurídico como debe ser juzgada la razón de los Estados; que es todo lo contrario del quijotismo. Todos los Estados son egoístas; lo sabemos y tenemos que aceptarlos como son. Lo que descorazona es que haya egoísmos mal entendidos, egoísmos que no pueden servir a sus intereses nacionales e internacionales, sino a los extraños. El egoísmo mal entendido del liberal y demócrata europeo ha sido el colaborador inconsciente más eficaz del fascismo internacional. Le dió alas cuando apenas existía, con miras egoístas también equivocadas, para mantener un equilibrio europeo que nadie amenazaba, pero que pronto amenazaría los propios Estados fascistas. Toleró las violaciones de los Tratados y la destrucción de una Abisinia independiente. Ha tolerado también la agresión contra la República española, creyendo ingenuamente bajo el opio de la propaganda fascista que ello era un litigio sangriento entre dos místicas extremas, de las cuales tenía que permanecer equidistante el liberalismo y la democracia. Este persistente error ha producido daños incalculables, y no sólo a España, sino al propio prestigio de las instituciones liberales y democráticas. Del daño inferido a España no nos quejaremos. La lamentación jeremiaca no va con nuestro orgullo español, que no es una frase vacía. Unos generales rebeldes, ordenanzas de unos ejércitos extranjeros, están destruyendo nuestro país; lo reconstruiremos levantando sobre las ruínas de un pasado material y espiritual caduco, una España como no la habíamos soñado. Hemos perdido miles de hermanos en la lucha, que eran la flor y nata de nuestro pueblo; pero el tremendo sacrificio no será estéril, porque esta guerra, brutalmente provocada, liquidará para siempre una España irreductible a toda norma de convivencia civil, una España feudal que en rigor se está suicidando y que en su trágica desesperación quisiera, como es frecuente en algunos suicidas criminales, aniquilar también a los que están naciendo

a la vida histórica, que han de ser sus enterradores. Siglos de decadencia política y pesimismo histórico parecían haber debilitado el instinto vital de nuestro pueblo; pero ahora se ha comprobado que su energía no estaba muerta, sino dormida, y que en cuanto ha visto en peligro su libertad y su independencia, ese pueblo que aparentaba ser totalmente escéptico y que muchos le dábamos por acabado históricamente, se ha puesto en pie como un sólo hombre y ha dado pruebas de una sublime grandeza histórica, que otros pueblos, muy pocos, habrán podido igualar alguna vez, pero ninguno superarla nunca. Terrible como ninguna otra es esta guerra que han desatado sus enemigos interiores y exteriores sobre el pueblo español, y que cada día que transcurre, con su cortejo de horrores sin cuento, de nobles víctimas innumerables y de infinitos sufrimientos materiales y morales, es para nosotros un motivo de angustia torturadora, y cada soldado nuestro que cae es como si nos arrancase un pedazo de nuestras entrañas; pero si algo nos puede consolar de tan inmenso holocausto es la idea de que, en la historia como en la naturaleza, nada se pierde y todo colabora necesariamente a fines de progreso y emancipación humana. En este sentido la guerra no habrá sido inútil, porque de ella saldrá el pueblo español purificado de la escoria de otros siglos y fortalecido formidablemente para realizar su destino interior y para volver a ser una potencia moral y material del mundo.

La victoria es segura ahora como nunca; de eso no duda ya nadie, ni los propios insurrectos, ni sus cómplices extranjeros. Pero la victoria hay que precipitarla. Eso no depende sólo de nosotros los españoles, sino también de los países adscritos al Comité de No Intervención de Londres. Es preciso retirar cuanto antes de España las tropas extranjeras, que no podrán decidir la guerra, pero que pueden prolongarla excesivamente. La República tiene sobra de hombres y elementos para acabarla rápidamente. Por la reciente movilización de las quintas de los años 32 al 36, han entrado en filas cerca de 400.000 hombres; más de la mitad han sido reintegrados a sus casas, porque por el momento no son necesarios. Las industrias de guerra suministran ya casi todo lo preciso. Retírense los invasores extranjeros y la guerra caerá verticalmente.

Es la hora de los liberales y demócratas que quieren corregir sus errores pasados y sus egoísmos mal entendidos. Todavía están quizá a tiempo de reparar los daños que su política equivocada ha causado al prestigio de la democracia y el liberalismo. Acábese de una vez con la intervención extranjera en España. Si no se hace así y el liberalismo y la democracia internacionales siguen inhibiéndose, mientras el fascismo internacional continúa atacándonos, no por eso la guerra dejará de concluir con nuestra victoria; pero entonces no sólo el fascismo será vencido. Moralmente lo será también el liberalismo y la democracia, sobre todo a los ojos de las pequeñas potencias, que ya no verán en esas organizaciones políticas garantías internacionales suficientes para los pueblos más débiles.

En España se está jugando el destino, no sólo de una nación, sino de toda Europa; nuestra tierra vuelve a ser el centro de la repercusión universal. No sólo se ventila aquí la paz del mundo, sino también la hegemonía política y moral de las grandes potencias europeas. Hombres, partidos y Estados serán medidos y juzgados por sus pueblos respectivos y por los otros pueblos, a la luz de nuestra guerra, no conforme a un criterio moral y jurídico, como antes dije, sino con el grado en que sirvieron a sus supremos intereses nacionales y a los de la comunidad internacional.

Permítasele a un español en esta fecha y mientras sofoca su dolor de hombre y ciudadano, elevar el problema a este plano de objetividad histórica.»

NUESTRA TÁCTICA**EL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCION POPULAR****Por Manuel Adame**

La sublevación militar se produjo en nuestro país para contener los avances democráticos inspirados e impuestos por el proletariado. De Octubre a Febrero, de la insurrección armada al triunfo electoral, las conquistas populares adquirían, a más de la seguridad para las logradas, perspectivas inmejorables para la consecución de reivindicaciones fundamentales. Sobre todo, la Reforma Agraria tenía por fuerza que entrar en una fase de realización efectiva, de incautaciones de tierras por los obreros agrícolas y los campesinos. Y también las fábricas—en gran parte cerradas por sus dueños—se hallaban amenazadas de incautación o de tener que admitir el control de los trabajadores. ¿Qué podían esperar en adelante las clases y castas privilegiadas, de una República reconquistada por el proletariado con las armas en la mano? Ni siquiera podía caberles la esperanza de volver a burlar a unas masas populares que acababan de vivir las experiencias de Abril. Obligados por Octubre a capitular, los privilegiados, impotentes para impedir el rescate de la República por el pueblo, no podían ver otra salida que la dictada por el miedo a unas consecuencias que presentían. Tenían que jugarse el todo por el todo. Y pronto. Antes de que el proletariado pudiera reponerse de todos los quebrantos sufridos y de que hiciera pasar a sus manos el Gobierno de la República.

¿Y cómo responde el proletariado al golpe de mano de los facciosos? Al igual que en Octubre, toma las armas para hacer valer sus derechos. Como sabe que la defensa de la República democrática implica el mantener sus posiciones revolucionarias, se lanza, en avalancha formidable, contra los enérganos de las libertades conquistadas. A su lado combaten todas las fuerzas populares. Pero he aquí que el Gobierno de la República, compuesto por representantes de los partidos republicanos de izquierda, vacila y no acierta a contrarrestar el ataque alevoso de los enemigos del pueblo. ¿Qué hacer? El proletariado se decide a empuñar las riendas del Poder. Adquiere así la hegemonía en la lucha contra los sublevados. Y procede inmediatamente a hacerse cargo de todas las fuentes de riqueza y de producción. La vida del territorio que ha permanecido en poder de la República recobra nueva normalidad. Se pone en marcha la producción industrial y agrícola. Se organiza el Ejército Popular. Se logran vencer las dificultades que nos impedían obtener los pertrechos guerreros indispensables para hacer frente a un enemigo organizado de antemano y abastecido de armas por el fascismo internacional. ¿Y la burguesía y la pequeña burguesía, que han hecho mientras tanto? La mayor parte de la burguesía, o se pasó abiertamente al enemigo, o se comporta como instrumento pasivo y a merced de los vaivenes de los acontecimientos. En cuanto a la pequeña burguesía, reducida a su mínima expresión económica, ha venido arrastrándose a remolque del proletariado.

Hasta aquí, las características de nuestra revolución son las mismas de cuantas se han producido en el presente siglo. Pero el rasgo singular de nuestra revolución, lo que hasta ahora puede definirla, es la pervivencia del mismo aparato de Estado, no obstante haberse registrado ensayos para desarticularlo, y ello a pesar de haberse operado una profunda transformación en la situación económica y, como consecuencia de la misma, una modificación esencial en las relaciones de clase. ¿A qué se debe que suceda ese fenó-

meno? En primer lugar, a la inexistencia de un partido político de clase con visión clara del momento, y capaz, por su formación doctrinal y por su arraigo en las masas, de tomar la determinación de destruir los viejos e inadecuados moldes del Estado capitalista. En segundo lugar, y como consecuencia de lo primero, a la falta de compenetración entre los diversos sectores en que se halla dividido el movimiento obrero, por carecer del organismo adecuado para establecer el frente proletario. Y en tercer lugar, a que, sin haber realizado lo segundo, se amalgaman las fuerzas obreras con las de la burguesía en un frente popular. Las consecuencias de todo ello es que la burguesía y la pequeña burguesía, sin tener la hegemonía en los acontecimientos, pueden sobreponerse a un proletariado escindido, valiéndose para ello de los resortes de un Estado hecho para servir sus intereses de clase. Sin un partido bien organizado y dirigido, y sin organismo especial que aglutine a la clase en un frente de lucha genuinamente proletario, la clase obrera se encuentra y se encontrará a merced de los hechos.

Otro rasgo bien acusado de nuestra revolución es que las masas obreras, a falta de un partido capaz de dirigir sus luchas, cuentan en España con unas organizaciones sindicales que han llegado a la plenitud de desarrollo y que tienen sus formidables masas de afiliados con preparación suficiente para facilitar el tránsito a una transformación económica y política. Esas masas han demostrado hasta la saciedad estar capacitadas para todas las necesidades de la guerra y para servir de apoyo a la acción revolucionaria que se precisa. De ahí que, en cierto modo, las organizaciones sindicales choquen con los partidos políticos obreros, que no aciertan a dar los pasos que aseguren la supremacía del proletariado en la lucha entablada contra la burguesía. En cuanto a esas organizaciones se les da como salida ventajosa la de una República democrática de contenido capitalista, se revuelven, como es natural que acontezca, contra unos partidos políticos que no se atreven a dar por hecho lo realizado en nuestra economía por los sindicatos. Y, en cuanto esos partidos se pronuncian, más o menos abiertamente, contra las colectivizaciones, pretendiendo que se vuelva a la propiedad privada o a que nacionalicen las industrias y la tierra, sin cambiar la superestructura del régimen, los sindicatos ven en ello una amenaza seria a las posiciones revolucionarias que han conquistado. De manera que la oposición existente entre los sindicatos y los partidos obreros, que arranca de la incapacidad de éstos para recoger y orientar en firme los problemas que la revolución nos plantea, suscita una situación especial de impotencia de nuestra clase, que aprovecha la representación de la burguesía para continuar a flote.

Influencias internacionales vienen a agravar lo que ya de por sí es grave. Al entrar nuestra guerra en el período de la invasión extranjera, la necesidad de obtener ayudas imprescindibles, produce en nuestra vida política una serie de trastornos inevitable. Se ha estado especulando con la aquiescencia que los países de sistemas de Gobiernos de los llamados democráticos podían dispensar a nuestra lucha. Naturalmente esa aquiescencia estará siempre condicionada a que el proletariado deponga sus aspiraciones maximalistas. El capitalismo tiene una solidaridad internacional que hace acto de presencia en momentos tales como el de nuestra nación. Si se pretende que los Estados capitalistas nos ayuden, es que pensamos, aunque no se diga, en ofrecerle a cambio nuestra revolución.

Una situación así no puede por menos que determinar una posición nuestra en consonancia con las necesidades que tenemos. La clase más avanzada necesita tener una táctica que la provea de la organización adecuada a los resultados que persigue. Para conseguir esos resultados, la primera condición es unir a toda la clase bajo una bandera de lucha, para mantener la supremacía que garantice que, ganada la guerra, no resurgirá

el capitalismo. Tamaña cuestión nos induce a plantearnos y resolver el problema central de toda revolución: el de las alianzas. De hecho la alianza de los distintos sectores del proletariado y de los campesinos, realizada en Octubre, persiste; pero esa alianza, existente y todo, no rinde resultados enteramente satisfactorios, por la inexistencia de una organización que funcione y dirija. Con el funcionamiento de esa organización se liga, expresamente, la necesidad de ir forjando los órganos del Poder verdaderamente popular. ¿Ese Poder puede tener su expresión en los organismos que nazcan de la unidad sindical? He ahí otro asunto a dilucidar cuanto antes. Encontrar los órganos mediante los cuales la Revolución popular podrá abrirse camino, en su necesidad de anular al Estado capitalista, es de una importancia extraordinaria. Debemos buscar con urgencia lo que aglutine a nuestra clase y desuna a nuestros adversarios. El antecedente de las Alianzas Obreras y Campesinas nos dice, a la vista de los resultados de Octubre, que en ellas radica la solución. Los sindicatos y las minorías revolucionarias deben ser la base de ese formidable instrumento, que, recogiendo bajo un solo mando a las clases genuinamente populares, las ponga a la cabeza de los hechos. La labor, en el seno mismo del frente popular o antifascista, sería de manera especial facilitada por una alianza de la naturaleza de la señalada.

Esa alianza indispensable, enteramente imprescindible, se realizaría en torno a un programa bien determinado, para triunfar en la guerra y empujar hacia adelante la revolución. Las líneas directrices de dicho programa, ajustado a las necesidades presentes, podrían ser: 1.º Instauración de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, mantenida por los Comités de la Alianza. 2.º Mantener el contenido revolucionario del Ejército Popular. 3.º Hacer intangibles las conquistas populares, entregando la totalidad de la economía a los sindicatos obreros. 4.º Transformar el Estado capitalista en Estado proletario, para propiciar la transición del capitalismo al Socialismo.

Nuestra táctica, pues, dadas las características de la revolución popular, debe ser la de mantener a toda costa la hegemonía del proletariado.



REMEMBRANZAS**Una entrevista con Largo Caballero****Por Antonio Escribano****Aquella Conferencia
de Valencia...**

El día 15 de Enero del año en curso comenzaba a celebrarse la Conferencia Nacional de Juventudes. El soberbio salón de actos del Consistorio de Valencia se vió invadido por una multitud de jóvenes. Junto a los jóvenes estaban también varios hombres de Ciencias que el Gobierno de la República había evacuado de Madrid. En la presidencia honorífica de la reunión sentábanse, junto con unos profesores, varios hombres de la política. Jesús Hernández, Dolores Ibarruri, Esplá, Alvarez del Vayo... Casi todos tenían una representación concreta. Vayo iba con su título ministerial solamente. Y con él habló. Es curiosa la situación de este camarada. Miembro de un Partido y una organización sindical no ha intervenido jamás, durante el decurso de la guerra, en nombre de ellos. En la Conferencia de Valencia tampoco lo hizo. Naturalmente, su intervención personal tuvo momentos felices. La fluidez del pensamiento de este compañero tuvo en su discurso de aquella ocasión una expresión brillante. La admiración—no sabemos con cuántos grados de sinceridad—de los dirigentes juveniles quiso que Del Vayo no faltase a aquella memorable reunión. Puede decirse que la Conferencia de Valencia, fué algo más que la consagración del neomarxismo juvenil. Fué, también, la iniciación de unas relaciones con los tráfugas del Partido Socialista para que éstos, usando del prestigio de uno de los hombres más calificados del ala izquierda socialista, llevándole de un sitio a otro, respaldasen su actuación con las palabras de este camarada.

En medio de tantas personalidades relevantes faltaban algunas más. Asimismo, la representación de ciertos organismos. La Ejecutiva de la U. G. T. saludó en una atenta carta la Conferencia, expresando la imposibilidad de asistir. En cambio —creo que la memoria no me hará traición— la Ejecutiva de nuestro Partido estaba ausente. Ni carta envió. Algunos jóvenes socialistas vimos aquello con un tantico de amargura. Nos considerábamos un poco en casa extraña. En el fondo de nuestra emoción socialista, sin embargo, un egoísmo natural reñía dura batalla con la amarga realidad. Pensábamos que nuestra Ejecutiva no quería reconocer legalidad a quienes habían abandonado el Partido alevosamente. Confieso que me engañé. La realidad de hoy es bien distinta.

Faltaba un hombre: Largo Caballero. Algunos no acertaban a explicarse cómo este compañero podía estar ausente de esta reunión. La Conferencia, por boca del compañero que la presidía, le envió un saludo cordial. No a Largo Caballero, el hombre de Octubre y de la unidad, sino al Presidente del Consejo. Con igual afecto y protocolo se saludaron a otros Presidentes. Las mismas palabras tuvieron para un marxista revolucionario que para un católico. Claro, que palabras posteriores nos quitaron aquel mal sabor. Fué cuando se dijo: «Nosotros queremos ser útiles al Gobierno, queremos ser útiles al camarada Largo Caballero. Es preciso decir aquí, aunque ya se ha dicho, pero no sobra que yo lo repita, que el camarada Largo Caballero tiene, como siempre, o más que nunca, la simpatía de la juventud española que lucha y trabaja; es preciso decir aquí, que el camarada Largo Caballero es para nosotros lo mismo que era antes: el hombre que ha ayudado a nuestra unificación, el hombre del cual nosotros esperamos muchos y muy buenos consejos para

que la unidad de la juventud española, en defensa de la causa que nos es común, sea una realidad».

Esto se decía en Enero. Como es sabido, Largo Caballero no ha hablado como socialista desde que se inició la trágica sublevación. Hasta Enero, Caballero continuaba siendo el hombre de la unidad, aunque en Diciembre, en el teatro Apolo, de Valencia, no se dijese absolutamente nada. A los pocos meses, sin que Caballero tampoco hubiera hablado, era ya el enemigo de la unidad. Y por la misma persona se dice esto: «Hemos luchado siempre por la unidad juvenil y de los partidos. En esa posición hemos tenido hasta hace tiempo (¿?) la ayuda y el apoyo del camarada Largo Caballero». Y se añadía: «Que Caballero las defiende otra vez y recogeremos sus manifestaciones con calor y con simpatía. Pero si no lo hace —y somos los primeros en lamentarlo sinceramente— por muy buenos deseos que tengamos, es imposible que aplaudamos palabras y hechos que no llegan a producirse. Es la única razón del supuesto olvido». Es decir, que Caballero, guardando la misma posición que en 1933, 34, 35 y 36 porque no la ha rectificado, y observando el mismo silencio que cuando en Enero del 1937 se pronunciaron las frases que más arriba hemos transcrito, ya no era «lo mismo que era antes».

¡Oh, qué poderosa virtud la de rectificar...!

Visitamos a

Largo Caballero

Caballero envió una carta a la Conferencia. Era una carta un tanto ceremoniosa. Sus ocupaciones ministeriales le imposibilitaban asistir. Deseaba acierto y éxito. Los delegados aplaudimos fervorosamente —no todos— aquellas palabras. Se propuso que una representación de cada provincia, acompañada de los representantes del Ejército, Aviación y Flota, visitase a Largo Caballero para expresarle su adhesión. Efectivamente, le visitamos. A las palabras pronunciadas seguían los hechos. Para mi interior tenía la impresión de que lo que se pretendía —con palabras y visita— era ganar la voluntad de Caballero con halagos. Se decía, y la conducta de ciertos dirigentes juveniles es una afirmación categórica, que había cierta frialdad entre éste y aquéllos. ¡Magnífica ocasión para deshacerla!

Yo tuve la dicha de ser uno de los jóvenes que figurasen en la delegación. En total seríamos veinte o veinticinco. No se creyó oportuno que entrásemos todos. Se fué a consultar a Caballero. Éste, sin ninguna contrariedad, accedió a que asistieran todos a la entrevista. Subíamos un poco atropelladamente. Nos disputábamos el honor de ser los primeros en verle. Para algunos fué una pequeña desilusión. En un despacho pequeño, frío, sin oropel aristocrático, con una mesa llena de documentos y unos teléfonos juntos a la mesa, estaba Largo Caballero. Vestía un sencillo traje negro. A todos nos tendió su mano. Un saludo cordial con una mano fría. Quizá como será él: cordial, pero frío.

Santiago Carrillo fué nuestro introductor. (El auténtico introductor de Caballero, que tan pronto dimitió cometió una de las traiciones más monstruosas de la historia, sólo comparable con la de aquel Antonio Pérez, no estuvo allí). Y comenzó la conversación. Yo quiero rememorarla. Sólo me guía una intención. Se ha dicho que «Caballero, en eso de sus profecías es terrible», (1). Con esa intención escribo yo. Para demostrar que ciertamente Caballero es un hombre de una gran perspectiva. Intuye admirablemente lo que ha de pasar. No es fatalista. Es realista. Conoce la verdad. No importa que haya de ser amarga. Incluso para él mismo. La conoce. No la niega. La acepta. Se enfrenta con ella cuando es contraria a los intereses genuinos del proletariado. De ahí nace su estoicismo. Y su serenidad. Por eso quiero recordar los giros de aquella conversación. Será una prueba más de su visión.

(1) Véase el artículo de Rodolfo Llopis publicado en el primer número de esta Revista.

Nuestro introductor comenzó el diálogo:

—Venimos, camarada Caballero, para hacerle patente nuestra adhesión. Nosotros estamos a su lado, siguiendo sus consejos. Estamos celebrando una Conferencia para unir a toda la juventud española en torno a la guerra. Nuestros deseos son unir a todo el pueblo español, porque el pueblo español...

—Mire usted —interrumpió Caballero— a mí no me molesta que el pueblo español se una para vencer al enemigo. Ya sabe lo que yo he hecho para lograrlo. Ahora bien; a mí quien me interesa que se una es el proletariado, que lo mismo hoy que en todas las ocasiones es el que da verdaderamente el pecho frente al enemigo. «Eso» de pueblo se presta un tanto al equívoco. Ya sabemos quién es el pueblo. El pueblo, en abstracto, son todas las capas sociales de un país.

No sabemos si nuestro interlocutor se quedaría un poco perplejo. La respuesta de Largo Caballero fué contundente. Evidentemente, nuestro hombre no cae en el jacobinismo que ahora es frecuente. El pueblo no es el proletariado. Podrá ser la parte más viva y constructiva del pueblo. El sentido genérico del pueblo abarca a la Magistratura, a los burócratas, a los negociantes, políticos profesionales y demás. ¿Puede inspirar garantías toda esta gente a un auténtico revolucionario? Indudablemente que no. De ahí que Caballero no caiga en una confianza ciega en el pueblo. El es un hombre nacido de la entraña obrera. Tiene una confianza ciega en ella. Y en estos momentos, más que nunca, esa confianza se acrecienta ante el esfuerzo inconmensurable que el proletariado español está realizando. Ni pasó Largo Caballero por lo del «pueblo» ni suponemos pasará por lo de Revolución popular. ¿Qué es esto de Revolución popular? ¿Una Revolución compartida con la burguesía?

—Desde luego, a nosotros también nos interesa la unidad del proletariado —siguió diciendo Carrillo— y por ella haremos todos los esfuerzos necesarios.

—Miren ustedes —se dirigía a todos— yo estoy viendo que para conseguirla se está haciendo todo lo contrario. *Yo saldré de este Ministerio y tendré que hablar de nuevo sobre la unidad porque veo que no es ese el camino que se sigue, situando las cosas en su lugar.*

¡Palabras terribles! Mucho más terribles por cuanto se pronunciaron en Enero de 1937. Caballero salió del Ministerio, como el dijo, a los cuatro meses. Ya ha anunciado que hablará. Su enorme visión nos garantiza que las palabras que pronuncie serán definitivas. Y entonces todos los «héroes de barraca» (no a quienes ayer se les decía esto, sino a quienes hoy realmente lo son) que intentan pasar como auténticos defensores de la unidad del proletariado caerán destrozados como pobres Arlequines.

¿Pero, realmente, se ha llegado a poner en duda la convicción unitaria de Largo Caballero? Quien lo crea es que ha olvidado demasiado pronto el pasado. Un pasado cercano. Muy cercano. Demasiadamente cercano. Tan es así que un supuesto olvido de esta índole es una traición. Fué el P. S. O. E. por boca de su más auténtico Presidente quien en 1933 dió comienzo a una campaña por la unidad del proletariado. En 1934 la reafirmó. Y en 1935. Y cuando en 1936 las circunstancias le llevan al Gobierno, su único deseo es aglutinar a todas las capas antifascistas en torno a la responsabilidad del Poder. Posteriormente logra realizar en el terreno sindical un pacto claro y concreto, sin más compromisos que los necesarios, que suponen un gran paso en la marcha de la unidad. Todo esto, unido a la fusión de las Juventudes Socialistas con las Juventudes Comunistas ¿a quién se debe sino al esfuerzo grandioso de un hombre consagrado por entero a la unidad de los trabajadores?

La conversación se prolongó más. Caballero contestaba a nuestras preguntas. Nos

habló de la situación de nuestro Ejército. Y nos dijo la cantidad exacta de millones que había pagado al Ejército del Centro en el mes de Diciembre. Y el número de combatientes que allí habían. Desde luego, muchos de ellos solamente figuraban en las nóminas. ¿Por quiénes se hacía esto? No lo dijo. Supongo que lo sabrá. Algún día quizá lo diga. Yo me callo.

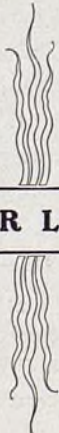
Alguien le habló de las atrocidades de la retaguardia. Largo Caballero escuchaba, meditando. Incautaciones. Requisas. Atropellos. «Comités»...

—Desde luego —nos dijo— el Gobierno espera que ustedes le ayuden para evitar esto. Si no logramos contener ese desenfreno no sé qué será del Estado Español. Podemos decir que todavía somos ricos. Pero, camaradas, la guerra cuesta muchos millones de pesetas diarias.

Se reprodujeron las palabras contra las «requisas». (Así se llamaba entonces). De tal manera que Caballero tuvo que atajar con palabras parecidas:

—¡Ah!, no, yo no soy enemigo de la socialización. Ningún marxista puede serlo. Lo que ocurre es que en España, desgraciadamente, se han cambiado los términos. En vez de socializar los medios de producción, someter la maquinaria a una planificación, se ha socializado el consumo. De esta manera, si no se evita el error, las industrias van al fracaso.

Se extendió algo más hablando de esto. Y de otras cosas. Lamento que mi memoria y la penetración que causó en mi conciencia todas las palabras de Caballero no pueda guardarlas fielmente. No obstante, creo haber dicho ya lo suficiente para demostrar la enorme visión de este hombre. Seguramente no habré dicho nada nuevo. Y quizás oportuno. Juzgo, por supuesto, que aquella conversación no podía quedar olvidada. Van quedando demasiadas cosas interesantes olvidadas. Soy yo, el más modesto socialista y admirador de la obra de este hombre, desconocido completamente por él, quien se ha encargado de revelar aquella memorable —para mí— entrevista. Efectivamente, amigo Llopis: Los españoles carecemos de intimidad. Hemos de ser los extraños quienes hablemos de la intimidad ajena. Y bien está que así se haga si es para desdecir ciertos pensamientos íntimos, que a veces tiene la publicidad de un anuncio en la prensa.



- VISADO POR LA CENSURA -

Movimiento Socialista Internacional

El Partido Socialista Norteamericano

En la última convención del Partido Socialista Norteamericano se plantearon debates de gran trascendencia para el movimiento social de Estados Unidos. Tema central de los debates fué la actitud de la tendencia trotskista. Transcribimos una síntesis informativa del periodista H. Bronson, para documentación de nuestros lectores.

A causa de que la reciente convención del P. S. se realizó a puertas cerradas y sin que se admitieran ni observadores ni periodistas, este informe de un delegado a la convención ofrece una importancia y un interés especiales. La prensa socialista sólo ha publicado un relato muy vago y general de las sesiones, omitiendo toda mención de los debates y de las tendencias. El autor de este artículo es un delegado fidedigno, cuyas impresiones merecen ser tomadas en cuenta.

Varios detalles son más o menos representativos de los procedimientos empleados en la reciente convención especial del Partido Socialista.

La noche anterior a la convención, se realizó una reunión pública a la que concurrieron solamente 700 personas, un número por cierto pequeño tratándose de la segunda de las ciudades del país. En la mesa de venta de literatura solamente se exponían nueve títulos de libros, de los cuales cinco eran decididamente «trotskistas». Un pedido de un ejemplar de «Qué camino se abre al Partido Socialista», de Paul Porter, de contenido anti-trotskista, obtuvo como respuesta: «no se conoce».

Entre los 125 o 135 delegados presentes, podían distinguirse cuatro grupos principales, pero de ninguna manera delimitados. Los de tendencias «trotskistas» sumaban 25 o 30, procedentes especialmente de New York, Illinois y California. Estos seguían una política hábil y estaban bien organizados. Desde que tenían mucho que ganar, permaneciendo en el partido, su posición fué la de apoyar la «unidad» deplorando la posibilidad de divisiones y evitando hacer hincapié en los puntos en que podían ser derrotados.

El «grupo de Wisconsin», más cuatro o cinco delegados de otros estados sumaban 16 a 20 personas. Su jefe, Paul Ponter, era el más capaz de sus delegados. Después de exponer los argumentos a favor del frente popular, pidió que el secretario le explicara distintas cuestiones. Roy Burt, el secretario, eludió las preguntas. Aunque el grupo en su conjunto era débil, algunos de sus miembros hicieron una labor efectiva para el Partido. Pero después de las primeras sesiones, parecieron «cansarse» y perder interés en la lucha. Andrés Biemiller, por ejemplo, pronunció un discurso denunciando a los «trotskistas» de Minneapolis, pero no insistió suficientemente. La delegación de Wisconsin mostró un carácter dúptico, incluyendo un pequeño número de miembros realistas y agresivos y otro grupo mayor de «socialistas de Wisconsin» completamente típicos. Dos de estos últimos hasta propusieron una resolución respecto a las normas a seguir por los afiliados, con una cláusula rechazando la aplicación de «la fuerza y la violencia».

Los «centristas», incluyendo a la burocracia del partido, constituían la mayoría de los delegados. Esta gente, honesta y sincera, no tenía una determinada posición teórica ni programática. Eran escépticos respecto de la teoría; «odiaban las luchas fraccionales»; querían «construir el partido» y marchar juntos, siguiendo las buenas y pacíficas normas

de preguerra. Comúnmente apoyaban las resoluciones de los «trotskistas», mucho más decididos.

Durante el primer día de la convención podían verse corrillos («congreso de corredor»), que discutían sobre «lo que debía hacerse con los trotskistas». Al principio parecía que se formaría una fuerte oposición. Pero a medida que se desarrolló la reunión fué evidente que sólo un pequeño grupo estaba dispuesto a atacar a los trotskistas; carentes de experiencia y prestigio, poco pudieron hacer.

Después de la primera sesión, el orden del día fué alterado e importantes puntos fueron agregados o propuestos, casi sin ninguna información previa. Los grupitos de los elementos no trotskistas demostraron gran confusión política. Tres núcleos que incluían gentes tan diversas en sus puntos de vista como Alfred Baker Lewis y Albert Sprague Coolidge de Massachusetts, se preocupaban sólo por la «elección de hombres sensatos» al N. E. C.; y de otro lado por Alton Lawrence, S. R. Jennings y Henry Blak que se interesaban principalmente por atacar a los trotskistas.

La influencia dominante de los trotskistas es evidente en la mayoría de las resoluciones votadas. Aquella sobre la guerra, presentada por Gus Tyler, en la fraseología usual de ese grupo. Uno de los sostenedores del informe de Tyler hizo notar que era «una joya valiosa de teoría socialista», a lo que respondió cáusticamente otro delegado: «Sí, pero ella no tiene en cuenta la realidad actual». Tyler, argumentando a favor de su resolución, denunció ardientemente el frente popular y se refirió a la Liga Americana como la «liga de la guerra y el fascismo». Sólo pocos delegados hablaron respecto al informe sobre la guerra, pero la mayoría apoyó la posición de Tyler. Dos delegados más sensatos dijeron pocas palabras en su oposición, pero no fueron tomadas en cuenta.

La discusión sobre el frente popular fué enteramente dominada por los trotskistas. Herbert Zam fué el orador principal, y denunció al frente popular, como algo «peor que las coaliciones del pasado, porque abarca también a los sindicatos». Al replicarle Paul Porter hizo una excelente defensa del frente popular, tomando muchos de sus datos directamente de la experiencia de Wisconsin, y ridiculizando tanto los argumentos específicos como toda la posición de los oradores trotskistas. Pero sus puntos de vista recibieron muy poco apoyo; la mayoría de los oradores aprobó el informe y la resolución de Zam, que fué ligeramente modificada, también se adoptó. En un debate unilateral, Murray Baron dió una explicación extraordinariamente clara y realista de los actuales problemas prácticos, especialmente de las complejidades de las relaciones entre C. I. O. y la A. F. of L. La publicación de ese discurso sería una contribución valiosa a la literatura sobre táctica sindical. Frank Trager, que habló de otro punto de vista, se contentó con probar que el «Partido Socialista no estaba aislado», citando casos en que éste ejecutó un buen trabajo dentro de los sindicatos. Otra vez la mayoría de los oradores apoyó una falsa posición y la resolución final «entusiastamente apoyaba» al C. I. O., pero se tuvo en cuenta también algunos de sus reales o imaginarios atrasos y se urge la formación de una «oposición revolucionaria» interna. Tal resolución no indica otra cosa que un apoyo a los socialistas que militan en los sindicatos.

La discusión sobre el trabajo entre los desocupados y la Alianza de Trabajadores fué también unilateral y finalizó con el triunfo de los sectarios. David Lasser hizo un análisis excelente sobre los problemas de la Alianza de los Trabajadores y un poderoso alegato a favor de una estrecha cooperación con los comunistas. Brandon Sexton, el otro principal orador, dedicó casi todo su tiempo a pedir que los socialistas organicen bloques de «oposición socialista» dentro de la Alianza. Insistió en que la tarea principal de los socialistas era combatir a los comunistas. A despecho de la falta de realismo de esta posición,

cinco de los seis delegados que hablaron durante el período de la discusión la apoyaron.

El informe sobre el frente único fué redactado por Harry Laidler. El partido apoya los esfuerzos por la unidad en los casos especificados de las libertades civiles, etc.; pero cada caso debe ser «considerado en razón de sus propios méritos».

Al considerar en especial cada frente único, «debe tenerse en cuenta los efectos de tal frente sobre las tareas a realizar y... sobre el P. Socialista». Y para el caso de cualquier frente único con los comunistas, se adoptaron toda una cantidad de precauciones especiales, las cuales sería interesante conocer y que sin duda servirán para proteger la «pureza revolucionaria» del partido, pero que no tienen ninguna relación con la labor unificadora.

Respecto al problema de un partido obrero, Norman Thomas presentó una resolución la cual aunque todavía dista del apoyo franco y entusiasta que es necesario, constituye un adelanto sobre las declaraciones previas. Hizo un llamado al apoyo socialista a favor de la creación de un partido obrero y campesino nacional y de los estados, pero algunas de sus apreciaciones fueron inadecuadas. La discusión de las resoluciones mostró otra vez que los sectarios estaban en una fuerte posición.

La convención adoptó una resolución prohibiendo la publicación de «órganos internos de fracción». Aparentemente, esto se trataría de una derrota para los trotskistas. Estos, que editaban «Appeal» y «Clarity» accedieron a suspenderlos, antes de que se discutiera la resolución, mostrando así otro gesto en el sentido de la «unidad». Pero si se considera el carácter centrista y vacilante del nuevo C. E. N. y el hecho de que haya numerosas formas de eludir la resolución, así como de que Gus Tyler dirige todavía el «Call», y que Jim Cannon edita un periódico regional oficial, se ve que la aparente derrota de los trotskistas es sólo temporal y estratégica.

El nuevo estatuto contiene una serie de puntos, orientados hacia una mayor centralización y medidas para tener una prensa propia del partido, etc.

Si el partido estuviera dirigido por un fuerte comité ejecutivo habría una posibilidad de contrarrestar ciertos movimientos. Pero la mayoría de los miembros del nuevo comité ejecutivo son tan vacilantes y tan débiles como lo fueron sus predecesores. Con respecto al trotskismo, en el consejo hay tres miembros que lo apoyan, tres que se le oponen decididamente, y nueve indefinidos que hasta ahora han apoyado más o menos a los primeros.

Los problemas de la agricultura y de los agricultores, al igual que lo que se refiere a los problemas de los negros y la juventud, junto con otros tópicos fundamentales, no fueron considerados.

El cuadro es realmente desalentador. Los trotskistas obtuvieron ventajas de carácter esencial, a pesar de que sólo cuentan con uno o dos puestos en la dirección nacional, aunque controlan las publicaciones del partido.

El Partido Socialista tiene todavía una enorme tradición, un considerable prestigio y en algunas localidades una buena parte de influencia directa. Lo único que puede hacerse ahora en aquellos lugares donde tiene una influencia apreciable, es llevar adelante la lucha por una política progresiva y activa, creando la unidad de los obreros y campesinos sobre todos los frentes.

Howard BRONSON

(De *New Masses* de New York).

AUTORES Y LIBROS

APORTE CRÍTICO A LA OBRA DE GABRIEL MIRÓ

Nuestra primera lectura de Gabriel Miró la tenemos confusa en el recuerdo. En el despertar de la curiosidad literaria, allá en los albores de nuestra adolescencia, leímos en la revista «España» que dirigía Luis Araquistain, una «Figura de la Pasión del Señor». Años después, durante nuestro vagabundeo por Argentina, leímos en «La Nación» de Buenos Aires los capítulos de «Años y Leguas». ¿Quién era aquel Gabriel Miró que tan fielmente interpretaba el paisaje alicantino? Inquirimos. Amigos en el afán literario, pero poco enterados, nos dijeron era un argentino residente en España. Nosotros intuimos, que para hacer sentir tan bellamente el paisaje del levante español de Alicante hacía falta algo más que ser escritor. Precisaba llevar el paisaje en la propia entraña, haberlo vivido desde la infancia. Después, al saber que Gabriel Miró era alicantino, se despejó la incógnita.

Pasaron algunos años. En la redacción de «El Telégrafo» de Guayaquil. Ecuador, recibimos la noticia cablegráfica anunciadora de la muerte del escritor. Un alicantino que al nacer tuvo como panorama el paisaje que encierran las sierras de Mariola y Aitana, expresó en una crónica periodística algo de lo que significa Miró en la literatura hispánica. Y allí adquirimos el compromiso de dar a conocer a nuestros hermanos de América la realidad alicantina que se desprende de los libros de nuestro conterráneo.

La lucha por la vida no nos permitió cumplir el propósito. Nos faltó siempre esa hora de sosiego, de silencio, sobre todo de silencio, en la cual el escritor disciplina su voluntad para una misión deliberada al margen de la faena diaria. De nuevo la lucha con los hombres. De nuevo el mar, la cordillera, la selva, el panorama complejo de las violencias sociales. Viajar. Algunos años más triturados en nuestro vagabundeo. De pronto el gran acontecimiento. 18 de Julio de 1936. La guerra civil española que polariza las pasiones humanas en dos corrientes internacionales: Socialismo y fascismo. Como es la guerra de todos los frentes, nuestra condición de socialista español y periodista nos hizo ocupar el puesto que nos correspondía. La respuesta no se hizo esperar. El Gobierno del Ecuador nos dijo: «O abandona usted el país en el término de cuarenta y ocho horas o sale confinado a las islas Galápagos». ¿Dónde ir? A España nos era materialmente imposible. Preguntamos a los consulados de las demás repúblicas americanas y en todas, menos México, se nos

cerraban las puertas. El viaje a México costaba más que a España. Pero al fin se arregló el asunto, y después de dar la vuelta por el Canal de Panamá y media Europa llegamos a España. Inmediatamente a Madrid. De la redacción de «Claridad» salimos al comprender que «Claridad» no respondía a la misión que se había impuesto como expresión del ala izquierda del Partido Socialista. Y por una de esas coincidencias de la vida nos encontramos en la secretaría particular del Presidente del Consejo Municipal de Alicante, precisamente cargo que ocupó Gabriel Miró en una de sus épocas de angustia económica. ¿Será ahora, cuando la guerra acicatea la desazón de los hombres, que hallaremos nosotros la hora de paz, sobre todo de silencio, que posibilite nuestro propósito? Mucho lo dudamos, pero hemos cogido la herramienta de trabajo con el propósito de llegar hasta el fin. Laboremus.

Las palabras que siguen son acoplamiento de notas marginales a una relectura de «La Novela de mi Amigo», de Gabriel Miró, que adquirirán forma definitiva en el libro en proyecto titulado «Gabriel Miró. Ensayo de Interpretación de la Realidad Alicantina». Desconocemos la crítica de esta novela. El prólogo de Azorín al primer tomo de las obras completas de la edición de «Amigos de Gabriel Miró», donde se incluye dicha novela, tiene esas características fundamentales de la obra azoriniana, es decir, la continua evasión del tema. Azorín elude siempre la responsabilidad. Es un irresponsable de la vida y de la literatura. En su «Magia en Tabarca» repite los lugares comunes de la crítica a la obra de Miró. «Melodía, cadencia suave, paisaje azul y rosa, voluptuosidad, emoción, evocación. Profundamente melancólico. Miró aclara las perspectivas del paisaje cuando se aproxima a él, es decir, cuando lo acerca a nuestro espíritu con su estilo, etcétera». ¿Sólo es eso Miró? ¿No hay algo más fundamental en su obra por encima y por debajo del paisaje, como centro vital de su paisaje? ¿Tan rica está la moderna literatura española de interpretaciones humanas para que se desdigne al estudiar la obra de Miró? No parece sino que la estimativa de Azorín sea de literato, dando a la literatura un contenido formal más allá de las realidades humanas que toda obra literaria encierra. Y al tratarse de «La Novela de mi Amigo», y en una edición de homenaje, es imperdonable la irresponsabilidad de Azorín al no referirse a ella, al no abordar su interpretación. Pero Azorín ya nos tiene acostumbrados a estas felonías literarias.

Con el artificio de un estilo superficial y decadente, párrafos cortos que son expresión de ideas mínimas, propio para embaucar a retóricos con mugre en las bocamangas y en el cerebro, quiere hacer pasar por estudios literarios lo que últimamente ha convertido en secreción resentida de su senilidad intelectual. Pero dejemos a esta desdicha humana.

Gabriel Miró publicó esta novela en 1908, cuando contaba 29 años de edad. Si la obra fué escrita por entonces, veamos, aunque someramente por ahora, la relación existente entre el autor, el medio y la época. La influencia conventual jesuítica de su infancia y la herencia católica de su medio aparecen superadas en el autor. Continuará siendo hasta su muerte religiosamente cristiano, nazareno, subjetivamente católico. Pero a los 29 años el hombre pondera su juicio crítico, y si cree, ya no es con la fe del carbonero sino con valoración analítica. Miró había presenciado el derrumbe definitivo del imperio colonial español, y con él, el desprestigio histórico de las instituciones monárquicas, por consiguiente, la de la iglesia católica española, que se había convertido en parasitaria y servil de la realeza. La generación del 98 agudizaba por entonces su crítica negativa contra la España decadente. Miró fué heredero inmediato de esa crítica y de ese derrumbe de valores. No es de extrañar que, a pesar de su fe, acentúe su duda y que viva atormentado ante el problema del hombre como categoría moral en sí y en relación con los demás hombres. En esta su preocupación ética se confirma su condición hispánica.

PAISAJE

Nosotros queremos afirmar, contra la opinión de algunos críticos, que el paisaje de Miró es substancialmente humano. La plasticidad de sus representaciones son humanas, completamente humanas. Miró no siente el paisaje si no es en relación al hombre. Y esto no sólo se desprende de sus libros, es una declaración del propio autor a sí mismo: «Era la figura—dice al comentar la muerte de su tío don Antonio Ferrer—de más interés de mi familia materna. Sin él, los horizontes de Cartagena y Cabo de Palos se me alejan a distancias que ya no sé si caminaré». Y cuando agradeció el premio a su «Nómada», dijo también: «Quiero decir que no se busque y exprima sólo la belleza y lo exquisito en las páginas, sino que se viva continuamente y sean unas las raíces del hombre y del artista las que chupen los jugos que alimentan el alma». Miró, como muy bien se desprende de las anteriores líneas, no se coloca ante el paisaje para apreciar únicamente líneas y colores. No es un deshumanizado. El paisaje es

para él, el escenario donde los hombres viven, sufren, gozan y mueren, y busca siempre aquellos motivos de ambiente que guardan relación con el momento vital de sus personajes.

En «La Novela de mi Amigo», cuya trama introspectiva deja poco lugar para la contemplación del paisaje exterior, hay, sin embargo, algunas pinceladas con el sello inconfundible del autor. Miró no describe, se dedica a recortar detalles para presentar el paisaje en síntesis pero en movimiento: «Descendía la senda al barranco, torciéndose en busca del abrigo de un palmeral que se espesaba a poniente, recortando un perfil de paisaje bíblico sobre un cielo de hoguera». «Entraba cansadamente en el bosque el último y viejo sol... Tejían las palmeras ámbito caliente y oloroso... Ahondaba el silencio la trémula canción de abejas y moscardas que vagaban meciéndose entre hebras y gotas de sol».

La comunión existente entre el hombre y las cosas la expresa con palabras como las siguientes:

«¡La santa quietud de todo cómo atrae!... En lo más íntimo de los árboles, de la tierra, del cielo, de las aguas, entra nuestra alma como la abeja se anega en la delicia de un cáliz de flor, y nuestra alma prueba el sustento de la miel de una sonrisa de generosidad, y le regala música de palabras evangélicas...»

Por esa misma emoción humana la luna es para Miró «ancha, excelsa, toda: luna de caminante». Y una acabada mutación de paisaje interior y exterior es el de la nube, la luna y el mar, cuando se combinan para acompañar las etapas de la muerte del pintor al final de la novela, de un realismo evocador y profundo.

LOS PERSONAJES DE MIRÓ

«La Novela de mi Amigo» conserva un ritmo estructural uniforme del principio al fin. En la moderna literatura española es la primera vez que se aborda el problema de la multiplicidad anímica del hombre. Asombra la pobreza recreadora de casi todos los novelistas modernos. Tipos de un horizonte vital mezquino, de una simplicidad animal, vegetal más bien. Gabriel Miró rompe la unilateralidad psicológica de los entes artísticos con su personaje el pintor Federico Urios, de «La Novela de mi Amigo». A las pocas palabras de su sobrio principio aparece la complejidad dramática, la contradicción íntima del personaje: «La vida de esta niña—dice el pintor—puedo decir que se redujo al espanto de su muerte». ¿Sienten los niños la trascendencia de la vida y de la muerte? Las páginas en que Miró describe la tortura del niño ante la muerte violenta de su hermanita, junto al gesto de tragedia de sus padres, mani-

fiestan un completo conocimiento del alma infantil. Para leer algo parecido, aunque con diferente motivación, tendríamos que referirnos a la novela «El niño que enloqueció de amor», del chileno Eduardo Barrios. No es únicamente en la etapa infantil de la vida del hombre que Gabriel Miró evidencia su profundo conocimiento del alma humana. En la «Biografía íntima de Gabriel Miró», el autor, José Guardiola Ortiz, al referirse a lo que dijo Xenius, el Xenius de antaño, de que Miró hace «transparente hasta el más alto punto en su estilo el más íntimo juego pasional de sus personajes», dice que el autor de «La Novela de mi Amigo» habla en su novela como un personaje de Shakespeare, por lo que «dentro de la aparente incoherencia lógica de su estilo, hay tan profunda coherencia vital». Nosotros creemos que la incoherencia será para quienes no conozcan la riqueza de gamas del alma humana, pero a la vez deducimos, que no puede existir esa «transparencia» cuando la exaltación artística no responde a una realidad. «Ninguna obra de arte—dice Stefan Zweig en su ensayo sobre Tolstoy—alcanza su más alto grado hasta que se olvida su origen y nacimiento artificial y se experimenta su existencia como si fuera pura realidad». Reafirmemos, sin embargo, que el realismo literario de Miró no es unilateral; el pintor Federico Urios se halla centrado en esa nueva mística, moral en Tolstoy, cósmica en Dostoyevski, espiritual en Miró. ¿Conocía nuestro autor la literatura rusa? Las referencias son de que no. Mas era un asiduo lector de nuestros clásicos, especialmente de los místicos, y nuestra mística y la literatura de los maestros rusos son hermanas gemelas.

Como místico, Federico Urios es un atormentado. Lleva la contradicción en sí mismo. Interroga a la vida y a la muerte, se angustia por el destino de los demás y de sí mismo y envuelve en atmósfera de tragedia cada uno de sus actos. En él se aunan las más delicadas manifestaciones de ternura con las más exacerbadas violencias. Su participación en la muerte de su hermana despierta en él el complejo de un amor patológico hacia su hija Lucita. Podemos afirmar que «La Novela de mi Amigo», sin conocer Miró las investigaciones psicopatológicas de la ciencia psicoanalítica, entonces en embrión, por el complejo psíquico del personaje desde su infancia hasta su suicidio, guarda una perfecta armonía técnica, una prueba más del realismo de Miró, que no escribía sino saturado de realidad, acuciado su temperamento de artista por la realidad psicofísica que le rodeaba.

¿Por qué la preferencia de Miró por almas selladas con un signo de tristeza? Un cansancio de vida alienta en todos ellos. Los de vida exuberante, como el pintor Urios, mueren por exceso de

vida, por no poder conllevar la vida; los demás arrastran la vida como una carga molesta. «Para vivir así—dice uno de sus personajes—mejor es morirse». ¿Amor a la muerte, ese nihilismo tan común en la tipología literaria rusa? Creemos que no. El amor a la muerte implica ya una voluntad, mientras que los personajes de Miró viven o mueren más allá de su voluntad, aparentemente semejan antes sin contorno real, esquemas de hombres, larvas de una humanidad aún no lograda. Pero son tipos reales, auténticos tipos españoles de una generación pesimista como la de Miró, sin firme orientación social. No hay que olvidar que esa misma *no-luntad*, según palabra grata a Unamuno, era la tónica general del pueblo español asesinado en su propia entraña espiritual por las oligarquías latifundista, clerical y militar.

Ese sentido negativo y contradictorio llega a su máxima expresión cuando dice: «¡Y eso no le parece otra infamia!... Yo comprendo hasta la muerte, pero que morir fuera deshacerse, fundirse el cuerpo como la niebla... ¿qué hacen ya aquí los muertos?... Mire como no se deja bajo la tierra ni a Cristo ni a la Virgen...» Gabriel Miró, de fuerte cultura teológica, sabía que fué precisamente la aspiración a la divinidad, el deseo de llegar a ser igual a Dios lo que condujo a la condenación a Adán y Eva, según dice el Génesis. No en balde la beocia jesuítica rechaza el cristianismo de Miró. Espíritu crítico, conocedor profundo de las emociones del hombre, no podía compartir la grosera materialización que del espíritu nazareno realizaba y realizaban los mercaderes convertidos a sacerdotes.

¿Cuál es el drama de Federico Urios? Un drama humilde, sencillo en su apariencia, pero enorme en su intensidad. La exclamación de Hamlet: «¡Ser o no ser!» El violento choque de Dostoyevski contra el muro limitador de las posibilidades de nuestra razón. El eterno interrogante del hombre a su pasado, a su presente y a su porvenir. El reconocimiento de la impotencia del hombre ante el enigma de la vida, si es que la vida es un enigma, y, sin embargo, el deseo voluntarioso e incontenible de afirmar nuestra personalidad. Cuando Urios dice:

«Soy el menesteroso de historiarme», afirma ese fervor de eternidad que alienta en el hombre y que se estrella siempre contra la vida al entregarse en brazos de la muerte. Ni en la «Confesión de Media Noche», del francés George Duhamel, encontramos una tensión vital tan sutilmente ahondada como nos la presenta Miró en «La Novela de mi amigo». El autor socava las más recónditas raíces del alma del hombre sacando a floración las contradicciones más sorprendentes del subconsciente. En la novelística psicoanalítica, el Federico Urios de Miró es uno de

los entes artísticos de mayor armonía entre la realidad auténtica de su ser y la expresión de ese ser. Por eso indigna la pobreza de nuestra crítica, incapaz de abordar seriamente el estudio de nuestra literatura.

El análisis de la riqueza de detalles anímicos de este personaje nos llevaría a una empresa de mayor extensión que la propuesta en estas cuartillas, pero que algún día abordaremos. Igualmente sería largo interpretar ahora cómo Miró alcanza la mayor expresión literaria dentro de la mayor sobriedad de estilo; cómo viven sus hombres y sus paisajes de conformidad a un contorno vital que hace que las cosas hablen por sí mismas, haciendo de la literatura el medio de representación artística por excelencia. El estilo de Miró es el estilo de las cuatro dimensiones. Mientras acumulamos material para la obra dejemos constancia de que con Gabriel Miró se ha sido injustos. En unos por apología ditirámica, en otros por negación inconsulta. Nosotros aspiramos únicamente a decir lo que Gabriel Miró hizo con sus libros: un índice valorativo de la realidad alicantina. — F. Ferrándiz Alborz.

TOMÁS MORE — "UTOPIA"

Las grandes utopías han sido contemporáneas de los grandes períodos realizadores de historia. «La República», de Platón, aparece como exponente de la prodigiosa sistematización cultural helénica. «La Blanquerna», de nuestro Ramón Lull, a mediados del siglo XIII, es contemporánea de las luchas por la unidad hispánica. «Utopía», de Tomás More, en el siglo XVI, es la respuesta idealista al gran acontecimiento del descubrimiento del Nuevo Mundo. La «Ciudad del Sol», de Campanella, en el cruce de los siglos XVI y XVII, señala la culminación del Renacimiento italiano en su influencia social.

Estas coincidencias nos deben poner en guardia acerca del contenido de la palabra *utopía*. Si etimológicamente nos dice de algo que sólo puede existir en «ninguna parte» como expresión de una conciencia crítica, de una voluntad creadora, responde a una necesidad disconforme con el presente y a la afirmación de una realidad futura. Pretender, como algunos pretenden, que Tomás More escribió su «Utopía» en el primero de los aspectos sin tener en cuenta el segundo, es desconocer la función positiva de la inteligencia humana. Tomás More, con el holandés Erasmo y los españoles Vives y Francisco de Vitoria, constituye una de las inteligencias más bien organizadas en el albor de la Edad Moderna. Y como investigador que hacía de la cultura un instrumento de interpretaciones y transformaciones sociales, no se conformó únicamente con la crítica del medio social en que vivía, sino que a la vez estableció los

fundamentos de una nueva sociedad en la que no fueran posibles las injusticias.

La Edad Moderna inicia el resurgimiento de la era capitalista como una superación de la economía feudal. La necesidad impone mayores libertades en las transacciones comerciales. Como manifestación política, las monarquías absolutas se convierten en el aglutinante de las nacionalidades contra la anarquía de los señores feudales. Esta nueva realidad económico-política establecía nuevas relaciones sociales, cuya perturbación entrevió y comprobó Tomás More, descubriendo como causa de tal perturbación el régimen de propiedad privada sobre los medios de producción.

Tomás More desarrolla su «Utopía» tomando como motivo un supuesto compañero de Américo Vespucio en sus viajes por el continente entonces descubierto. La curiosidad hacia las nuevas tierras determinó una correlativa curiosidad hacia nuevas ideas. Así como el Nuevo Mundo fué el motivo para que nuestro Francisco de Vitoria, al estudiar las relaciones de España con los aborígenes de América, estableciera las bases del derecho de gentes, en Tomás More fué el punto de referencia para resucitar el ideal hacia una sociedad justa y bella, El Dorado de la leyenda tras el que fueron los conquistadores, realistas a fuer de españoles, y los puritanos a fuer de ingleses, como Tomás More. Por el año en que se escribió «Utopía» (1515), More no tuvo lugar, es justo suponer, de enterarse de la organización social de los mayas de México y los incas del Perú. ¿Llegaría hasta él, en forma de leyenda, alguna noticia de la vida de los aborígenes del Nuevo Mundo estructurada en régimen colectivista estatal? No tenemos datos al respecto, aunque es fácil presumir que los materiales con los que edificó More su «Utopía», fueron imaginativos unos y de referencia literaria los otros, aunque todos los transformó en un deliberado espíritu de crítica y de transformación social.

En el prólogo a esta edición, el señor Ramón Esquerra, dice: «Pero también—sobre todo en More—su clarividencia en la apreciación de las posibilidades de una planificación de la vida total de un país, de la importancia enorme que adquieren en ella el hombre de experiencia y el hombre de ciencia. Hablando en términos modernos, los técnicos. Hasta hace pocos años hubiera parecido imposible que todo un país se sometiera absolutamente a una norma de vida dictada de manera totalitaria, según una norma planificadora preestablecida por los gobernantes». Olvida el señor Esquerra una experiencia social de esta naturaleza realizada por los mayas, y más positivamente por los incas en el imperio de Thahuan-tinsuyo, que comprendía a las actuales repúblicas de Bolivia, Perú y Ecuador, la parte sur de Co-

lombia y la norte de Chile, todo regido por una planificación económico-política, cuyas diferencias con las actuales tendencias planificadoras están en relación con las diferencias teóricas de interpretación y realidad económica del incario y el contenido técnico de nuestro tiempo.

Tomás More, de quien nuestro Francisco de Quevedo dijo: «Su segunda vida escribió con su sangre su muerte», es uno de esos varones íntegros que supieron armonizar su inteligencia con su conducta, por eso permaneció impasible ante el hacha con que le asesinó el despotismo de Enrique VIII, y «Utopía», cuya reedición española acaba de publicar la editorial «Apolo» de Barcelona, es una de esas luminarias que lucen eternamente las rutas humanas hacia la conquista de nuevas etapas de justicia social.—F. Ferrándiz Alborz.

EDGARDO UBALDO GENTA Y ESTRELLA GENTA.—
POESÍA URUGUAYA

¿Por qué en el panorama intelectual de los países del extremo sur del continente americano, Uruguay, Argentina y Chile, la poesía ocupa el mayor volumen de las actividades literarias y en especial la poesía lírica? Es conveniente anotar que el lirismo es expresión de la vida interior, modelada por una gran amargura o una gran felicidad. Leopardi es ejemplo de lo primero y Goethe de lo segundo. En Hispanoamérica tendríamos los casos correspondientes de Gutiérrez Nájera en Méjico y Juana de Ibarbourou en Uruguay. Suele afirmarse que los pueblos de tronco hispánico, especialmente España, no pueden ser líricos porque no tienen vida interior, díque por su cualidad extravertida, lo cual es completamente erróneo, error que procede de una exclusiva apreciación psicológica de nuestra personalidad sin tener en cuenta los condicionadores básicos de orden económico que determinan las manifestaciones espirituales en la vida de los pueblos y de los individuos. La extraversion hispánica es producto de su propia introversión, ahí está la mística como sublimación exacerbada de la vida interna, y como entes artísticos representativos de esa cualidad extraintrovertida tenemos a DON QUIJOTE en España y a MARTIN FIERRO en Hispanoamérica.

Las causas condicionadoras de la expresión lírica además de en los resortes subjetivos, temperamentales, habrá que buscarlas en las condiciones de vida de los hombres, y en este sentido, Uruguay, Argentina y Chile, dentro de las oscilaciones internacionales de la economía, han sido los países de mayor bienestar de Hispanoamérica, de un estandard de vida más elevado. En lo que va de siglo, la burguesía y clase media han disfrutado apetitoso bienestar y de ellas han salido la mayoría

de los escritores, unos dedicados a la política y a ensayo literario y otros a la poesía. Poetas de tal procedencia y de vida sin angustias materiales habían de producir una poesía lírica de un hodonismo superficial, decadente. Fué preciso se acentuara la crisis económica y con ella un régimen de dictadura, para que la falta de libertades democráticas desdoblara en actividad literaria la actividad política de intelectuales proletarios, a la vez que la repercusión de la crisis económica en ciertos intelectuales de procedencia burguesa o clase media les obligaba a considerar la vida seriamente. A este fenómeno obedece, creemos, el renacimiento literario popular que se observa actualmente en dichos países. Pero no fué todo mala poesía lírica. Tenemos en Chile, por ejemplo, entre otros, el caso de Gabriela Mistral, en Argentina el lirismo en veces folletinesco de Alfauerte y Carriego pero documentos serios, veraces y sentidos del alma popular argentina, además de la Alfonsina Storni, y en el Uruguay, además del caso excepcional de Delmira Gastini, tenemos a Eugenia Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou y Emilio Frugoni.

Los poetas uruguayos E. Ubaldo Genta y Estrella Genta marcan una proyección familiar de sensibilidad poética valiosa por su contenido tanto como por su emoción. Del padre conocemos «El Vigía» y «El Cazador Furtivo». El poeta es un atormentado por el ansia de infinito. Para él la vida es un misterio y cada una de las manifestaciones de la vida requiere una pregunta, una deleitación contemplativa o un deseo insatisfecho. «¡Oh noche divina!», «¿Adónde vas viajero?», «¿Qué soy ahora?», «¿Qué vendría después?». Y no nos referimos sólo a estos poemas que se expresan en interrogantes. Abramos «El Vigía» y veamos un poema. Por ejemplo «El Trompo». Después de evocar su niñez ambicionadora de trompos, hace un hermoso símil con el enorme trompo «sinfonía del mundo», para terminar diciendo: «¡Quién te hiciera girar dentro del alma, oh noche, oh, noche!». Abramos de nuevo: «¡Hijo mío!». «Imagen de mujer viva, o fantasma— de mujer que me quiso...» para terminar diciendo: «Te fuiste con un hijo en las entrañas— no sé si muerto o vivo, —imagen o fantasma... —Mi hijo! mi hijo!». Cuando el poeta canta a «Lo esperado», termina diciendo: «¡Y sin embargo!».

A fuer de atormentado metafísico es un cazador furtivo de entelequias. ¿Teósofo? ¿Panteísta? Idealismo. Quiere encontrar las causas propulsores de los seres y de los hechos, y más que las causas las finalidades. Es delator a este respecto una frase de Maeterlinck que el poeta transcribe en su libro «El Cazador Furtivo», colocada en lugar preferente de su estimativa: «Lo que hay más allá del pensamiento es lo sólo importante en las obras de los hombres». Si ese «más allá»

del pensamiento se refiriera al mundo de las realidades que nos rodea, nada podríamos objetar, pero sabemos lo que significa para Maeterlinck ese «más allá», es decir, lo que el pensamiento no ha podido descifrar, el misterio. Sin embargo, sabemos que el pensamiento es lo fundamental en la obra del hombre, por él afirmamos y definimos nuestra razón de ser, no ya como una interpretación materialista, sino también en los términos del idealismo cartesiano: «Pienso, luego existo». Esta actitud nos hace ver en Edgardo Ubaldo Genta un poeta animado por el sentimiento, un romántico por su fuerza de expresión personal. Cuando decimos de él que es un idealista no nos referimos al idealismo condicionado por la lógica de las ideas, más o menos objetivas, sino al idealismo elaborado por las fuerzas del sentimiento. Para él se ha hecho la frase de Unamuno: «Siento, luego existo». Ese sentimiento va acompañado en el poeta por un sentido agónico de acción—es aviador militar—, de ahí la trascendencia de su verbo, no es un lírico burgués sino que su lirismo es el resultado de la angustia de un hombre que quiere saturarse de totalidad, espíritu cósmico ávido de interpretaciones, que ante la imposibilidad de desmenuzar el misterio de la vida se sumerge en ella, haciendo caso omiso de la razón, para sentirla, únicamente para sentirla, que es un modo de poseerla.

Poemas de trascendente contenido cósmico son «Agonía del árbol que ve llegar al leñador» y «La caza del horizonte», en los que la dualidad de sentimiento y acción ahonda la significación de su verbo lírico, pero nuestras preferencias van al poeta que vierte su emoción franciscana al dolor de los hombres en poemas como «La Trinchera», para demostrarnos que su poesía cumple el mensaje de los nuevos tiempos: mensajes de concordia para todos los hombres por encima de las fronteras y de las trincheras.

La aparición del libro de poemas «Cantos de la palabra iluminada», de Estrella Genta, ha dado lugar a una serie de hiperbólicas comparaciones que esperamos no marearán la cabeza de la poetisa, ya que parece la tiene bien sentada, y por añadidura, hermosa «Esto Inés ello se alaba», si no miente el retrato. Las evocaciones de Santa Teresa, Fray Luis de León, Valeri, Claudel, Apollinaire y «otros sabios que en el mundo han sido», están fuera de lugar. Tales cualidades para una adolescente como Estrella Genta equivaldrían a una sensibilidad morbosa, genialidad patológica precursora de inminente decadencia, y nosotros deseamos a la autora una dilatada vida bien equilibrada para prestigio de la poesía hispanoamericana. Destapada la espita de los adjetivos, quién

la titula «canto triunfal suspenso sobre el mundo»; otro, «se siente con ella el estremecimiento de lo misterioso»; el de más allá, «la veo en un nivel de estrellas», y así sucesivamente, «una estrella que canta», etc. ¡Cuánta insinceridad o cuánta ignorancia! El peruano César Augusto Velarde la dice: «Una estrella nueva nace en el oriente propiamente dicho de América», y este señor es un esbirro del dictador General Oscar Benavides que tiene aherrojada a la poetisa peruana Magda Portal. En síntesis: frases convencionales que porque quieren decir mucho no dicen nada y demuestran menos.

La precocidad poética, por llamarla así, de Estrella Genta, procede por herencia del padre, y cultivaba por éste en tensión continua en la intimidad de su hogar. En ella vemos acentuada la ansia de infinito y desasosiego ante el misterio por su misma condición femenina. La vida interior del padre se extravierte en acción poética y acción profesional, mientras que en la hija no tiene otra proyección que la poética, y se reconcentra más y más alcanzando expresiones líricas sencillamente maravillosas y exteriorizando emociones, sensaciones e interpretaciones anímicas con magnificencias rítmicas de un verbo claro y profundo a la vez. Asombra al lector la profundidad emotiva de poemas como «De Regreso», «Diafanidad», «Inmortalidad», «Fatalidad», «Deslumbramiento» (que nos hace recordar inmediatamente el poema «Inefable» de Delmira Gustini), «Las Raíces», «Obsesión», «Noche como mil noches», «Presentimiento», etcétera.

Volviendo al padre como punto de referencia de esta poetisa, vemos en ella una completa diferenciación. Ambos avanzan a la caza de los mismos horizontes, ambos con la misma congoja, pero mientras el padre pregunta y duda, la hija afirma y se impone. No podía ser de otro modo. En Estrella Genta recién se han abierto los ventanales de sus sentidos para respirar la vida a pleno pulmón sin dudas metafísicas. Es el despertar primaveral de una mujer, alma de poeta, que ha sabido encontrar el punto más sensible de las emociones para recrearse en ellas. A veces, pocas veces, como en el poema «El libro de la noche», se asusta de su propia osadía, sintiéndose abatida por no poder retener «la clave del espíritu del cosmos», pero la nota optimista se impone en todo el libro, en cuyo poema final «Y nada más...», su voluntad poderosa se afirma al terminar, diciendo:

«¡Pero cuando la muerte quiera anular el vínculo,
el grito de mi carne ha de romper el círculo
por seguir tras la recta de la inmortalidad!»

Al doblar la última página de «Cantos de la Palabra Iluminada», dudamos un momento si será

cierto que esta poetisa adolescente habrá recibido en verdad una iluminación misteriosa procedente de alguna de esas regiones astrales que ella tanto invoca en sus poemas, pero, materialistas impenitentes, al momento nos alejamos de tal preocupación para afirmar que este prodigio de poesía ni es astral ni producto de una precocidad morbosa, es manifestación lógica de la confluencia de una inteligencia natural bien cultivada y una sensibilidad abierta a las más raras emociones. Atisbos, intuiciones, es cierto, pero expresiones conceptuales tan acabadas, imágenes tan hermosas como vemos en esta poetisa difícilmente se obtienen si no es con una perfecta disciplina de la inteligencia.

Tal como ella es, según sus poemas, ocupa

lugar preferente en la lírica hispanoamericana, pero nosotros la queremos menos astral y más terrena, más humana. Su padre, como aviador, le habrá demostrado muchas veces que de la tierra despegan los aviones para alcanzar las más prodigiosas alturas. Claro que nuestra voluntad nada tiene que ver para la valoración de la obra poética de Estrella Genta, pero si poesía es creación la obra más digna de ser creada y recreada es el hombre. Y el más grande dolor lo expresa la poetisa con estas palabras, que vienen a rectificar la sentencia dantesca:

«¡Oh dolor de la carne cuando pierde el milagro de la forma del hombre, perfecta, divinísima!»

F. Ferrándiz Alborz.

::: Por causas ajenas a nuestra voluntad, no
podemos continuar la publicación del trabajo
«Indiscreciones» del camarada RODOLFO
LLOPIS, que tanta curiosidad había despertado
en los círculos políticos y sindicales :::::::::::

ESPOLÓN

Los nuevos ricos y los nuevos pobres

El Comandante X está condenado a ser un nuevo pobre, además de republicano federal. Su carrera está truncada por predominar en él los actos de inhibición. Le ha gustado nadar contra corriente. Siendo republicano, al llegar la República tuvo la peregrina idea de acogerse a la ley de Azaña y abandonó la carrera de las armas. ¿Tibieza en su fervor republicano? ¿Defraudación en su esperanza federalista? No, señores. Inhibición y pudor. La monarquía lo hizo Comandante por méritos militares, y al llegar la República, como el Comandante X hila tan fino en achaques de delicadeza, se figuró que si algún ascenso alcanzaba lo podrían atribuir a su republicanismo de toda la vida. Por eso tomó la resolución de truncar su carrera.

La sublevación militar del 18 de Julio lo cogió al Comandante X en el extranjero, e inmediatamente regresó y se puso incondicionalmente a las órdenes del Gobierno legal de España como hombre, como republicano y como militar. Pero es el mismo de antes. Le gusta nadar contra corriente y no pasará de Comandante. Se empeña en ser nuevo pobre y lo está logrando. Ha despreciado una gran ocasión para hacer fructífera carrera, vean si no los lectores:

En uno de los frentes se festeja la entrega de la bandera a la Brigada.... Hubo banquete. Aunque no figuraba en el *menu*, el primer plato fué la insignia de la Hoz y el Martillo. Los comensales cogían la insignia comunista y se la colocaban en la solapa, lo cual es digno de todos los respetos. El Comandante X, respetuoso con todas las insignias, no cree conveniente lucir en la solapa la que se le proporciona, por un detalle: él no es comunista.

Entre plato y plato se hacen chistes a expensas del Comandante X, cuyo puritanismo califican algunos de exhibición al revés.

—Comandante X, ¿por qué no se coloca la insignia comunista?

—Señor, disculpe. No soy comunista.

—¡Oh! Y eso qué importa. Ahora todo el mundo la lleva.

El Comandante X es parco en palabras. Al revés de muchos de sus recientes colegas que han cambiado la lengua por la espada, él se distingue por poner freno a la lengua. Grave error.

.....

Como el Comandante X permanece impasible ante las cuchufletas, interviene la belleza femenina. ¿Qué no podrán unas manos bellas? Pero el Comandante X, muy cortés pero más consecuente, con todo respeto se quitó de la solapa la insignia del P. C.

¿Podría la Diplomacia lo que no pudo el ridículo ni la belleza? Porque se nos olvidaba decir que en el banquete hubo representación diplomática. La cosa era de campanillas.

—¡Señor Comandante, haga el favor de ponerse la insignia!—dijo el diplomático, no sabemos si molesto por la insistencia de los demás o por la tozudez del aludido.

Pero el Comandante X, aunque afeitado, es un tío con toda la barba, y se quedó más frío que un témpano.

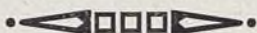
El fin llegó. Lo que no se pudo lograr con el ridículo, con la belleza, ni con la diplomacia, se creyó posible alcanzar con la dádiva.

—Comandante X. Nos extraña su intransigencia. El P. C. tiene una significa-

ción que usted no ignora.

—Señores: Como a ustedes les consta, soy republicano federal aunque no actúo en política

Visado por la Censura -



LEY DE HERENCIA

¡Oh! sabiduría de las sentencias populares! «Quien no se parece a sus padres es un puerco». De ahí que todo el mundo se empeñe en parecerse a sus padres. En muchos casos no es una virtud, pero siempre es una demostración de consecuencia. Hay que ser consecuentes con lo que llevamos en la masa de la sangre.

En España, por nuestra desgracia, ciertos hombres son consecuentes de un modo aberrante. Quieren parecerse a sus padres por miedo a ser puercos, mas, por fatalidad biológica, el hijo de puerco es siempre puerco.

¿Recuerdan los lectores las definiciones sentenciosas de Lerroux? «Podemos coincidir con el socialismo civilizado del señor Besteiro, pero jamás nos avendremos al socialismo agresivo del señor Caballero», decía con palabras más o menos aquel ídolo de cal y canto. Ahora, los herederos de Lerroux también se meten a definidores y a dar patentes de militancia política: «Hacemos destacar la actuación de los socialistas Alvarez del Vayo, Amaro Rosal, Petrel, etc.»

Pero no es en eso sólo que los hijos políticos de Lerroux se parecen a su padre. Hay algo más. Los Jóvenes Bárbaros de Lerroux engendraron a los pistoleros, y éstos a su vez, han engendrado a ciertos redactores de la «Buena Prensa», los jesuitas de ahora fabricados con la misma maquinaria de los jesuitas de ayer.

En el organillo de la «Buena Prensa» que se publica en Alicante, al referirse a los que hacemos SPARTACUS, decían: «Cuando llegue la hora de ajustar cuentas, que no enseñen la blancura de sus dientes... (intervino la censura). Es un aviso nada más».

¿Cuál sería la frase tabernaria, de antiguo Joven Bárbaro, de Pistolero o nieto de San Ignacio que se adivina pero que la censura no dejó pasar? No se preocupen los lectores. Por nuestra parte diariamente nos limpiamos la dentadura para tenerla blanca, tan blanca como nuestra conciencia, lo que nunca podrán lograr quienes irremisiblemente son puercos por fatalidad biológica.

Qui-qui-ri-qui.



SPARTACUS

REVISTA DE AFIRMACIONES

Los más destacados militantes del Socialismo
marxista español e internacional colaborarán en

SPARTACUS

REVISTA DE AFIRMACIONES

Precios de suscripción

Un semestre . . 12'00 pesetas

Un trimestre . . 6'00 »

Número suelto . 1'00 »

Mártires, 2

ALICANTE



DIARIO SOCIALISTA DE LA TARDE



dará una gran información política y social. En



colaborarán las mejores plumas del movimiento socialista y obrero.

Suscripciones: SECRETARIADO DE PROPAGANDA Y CULTURA - ALICANTE

SUCESOR DE
SUCH, SERRA Y CA.
ALICANTE

SUMARIO

Editoriales

Sindicalismo y Política	página 1
Necesitamos una Política Internacional	» 2
La Razón histórica de nuestra Política Internacional	» 3
La Razón Geográfica	» 4
Luis Araquistain.—Contenido de la Revolución Española	» 6
Manuel Adame.—El Proletariado en Nuestra Revolución Popular	» 10
Antonio Escribano.—Una entrevista con el camarada F. L. Caballero	» 13
Movimiento Socialista Internacional	» 17

Autores y Libros

F. Ferrándiz Alborz.—Aporte crítico a la obra de Gabriel Miró	» 20
» » » Utopía, de Tomás More	» 23
» » » Poesía Uruguaya	» 24
Espolón	» 27

NOTAS.—*SPARTACUS* se ve obligada a salir mensual. La escasez de papel nos lo impone. El día primero de cada mes aparecerá *SPARTACUS* afirmando su fe inquebrantable en el porvenir socialista de España.

Los suscriptores que hayan abonado su importe recibirán los números correspondientes a que tienen derecho.

Paulatinamente iremos subsanando algunas deficiencias técnicas de *SPARTACUS*. En nuestro número 2 se deslizaron algunos errores. Uno de ellos el siguiente: El trabajo «Crítica Marxista», analizando «Octubre - Tercera etapa», que aparece sin firma, es del camarada Antonio Escribano,

ERRATAS.—Además de las erratas que los lectores habrán subsanado con su recto juicio, queremos hacer destacar una de mucha importancia aparecida en el número 2. En la página 27, segunda columna, línea 14, donde dice «las artes» debe decir «los arios».